todas horas. Y la sonrisa mora entre sus labios como si fuera una de las leyes de su institución. Llevan la serenidad en el alma; y la conciencia del deber cumplido les da una traquila satisfacción que se traduce en un resplandor interior que brilla en sus ojos é ilumina sus fisonomías. »

XI

Las Damas del Calvario.

Continuaremos extractando de los artículos de Máximo du Camp lo que más pueda interesar á nuestros lectores.

La asociación llamada de *Las Damas del Calvario*, que tanto bien ha hecho en París, no está, como las Hermanitas del Jornalero y las Hermanitas de los Pobres servida por religiosas, ni por mujeres que hayan hecho votos ningunos, sino por señoras del gran mundo parisiense, que no dejan la sociedad, que poseen casa é hijos, que van al teatro, á los bailes, á los paseos, y sin embargo consagran algunas horas de cada día ó de cada semana á cuidar incurables acancerados y limpiar asquerosas llagas.

Aquella institución fué fundada por una viuda realmente inconsolable y que también había perdido sus hijos. Se encontró sola y desesperada; no podía resignarse á la pérdida de los seres más queridos. Su marido había sido un pobre negociante que al morir

no le dejó más renta que 1.200 francos anuales (§ 240), y luchando con su dolor para acallarlo, la viuda Garnier (Juana Francisca Chabot) quiso entregarse á hacer el bien á los desgraciados. Su poca fortuna apenas le alcanzaba para no morir de hambre en la ciudad de Lyón, en donde vivía. Empezó por ofrecer sus servicios á los benefactores parroquiales; pedía limosna para los pobres, hacía vestidos para los niños desnudos, tejía medias de lana para los enfermos del hospital, y llevaba alimentos á los pobres á sus miserables habitaciones, — ¡y éstos son innumerables en la ciudad de Lyón! — Ella siempre emprendía las misiones más trabajosas, las que más fatigaran, todo aquello que pudiera hacerla olvidar sus penas personales. Un día, la mandaron á visitar á una infeliz mujer que vivía abandonada de todos: se dice que era una lazarina, aunque aquel mal es rarísimo en Francia. Lo cierto es que la encontró en el estado más asqueroso á que puede llegar un ser humano sin morir; y lo peor es que estaba tan pestilente su alma como su cuerpo, y éste se hallaba en aquella situación con motivo de sus muchos vicios. La viuda se dedicó á cuidarla. Poníase una gran blusa por encima de su vestido, y todos los días se presentaba en la choza de la desgraciada, y ella misma la levantaba, la lavaba y la curaba. Y era tal la fetidez, que de vez en cuando tenía que salir fuera del aposento á respirar aire puro.

Al principio, aquella infeliz la recibía mal; pero poco á poco fué ablandándose ese corazón de piedra, y lo manifestó un día besándole la mano.

Esta clase de caridad es esencialmente cristiana; el Oriente no la ha conocido nunca, y en el antiguo

Testamento vemos que los amigos de Job lo visitaban, pero nunca trataron de aliviarle; le hablaban y disertaban con él, pero ni siquiera se le acercaban. « La viuda Garnier, dice du Camp, no entraba en discusión con la enferma, pero le llevaba vino con azúcar, buenos alimentos; la curaba y la daba consuelos de ternura y esperanza, que llegan al alma y la iluminan sin saber cuando. » Al fin logró llevarla al hospital; pero era tal la pestilencia de la mendiga, que cuando el capellán se le acercó la primera vez, estuvo á punto de huír horrorizado. La señora Garnier, al ver aquello, se sentó sobre la cama de la enferma y la abrazó, con lo cual el capellán volvió en sí...

La *leprosa* murió en breve, pero murió sin odios, llena de fe, tranquila y consolada por aquel ángel de caridad.

Desde entonces la señora Garnier ideó una institución que se ocupara solamente de los seres más asquerosos y abandonados, fruto de los vicios de la civilización actual. Pensó que era preciso buscar á aquellos desgraciados incurables y lavarles el alma y el cuerpo, dulcificarles en lo posible una vida tan espantosa y dedicarse á ellos. « Sólo las mujeres, añade du Camp, son capaces de aquellos sacrificios prolongados, que no se desalientan con el cansancio, el asco, ni la ingratitud; y entre ellas, las que guardan en el corazón un luto permanente, las que se han entregado á Dios, no para que Él las consuele, sino para que les dé la paz del alma, las que han pedido al amor divino la tranquilidad que no les dió el amor terrestre — las viudas, en una palabra —, que se han convencido de que la fe fortifica y á quienes han

enardecido las verdades celestiales, son las que se dedican con más ardor á aquellos actos de caridad. Así pues, las mujeres incurables serán reservadas á los cuidados de las viudas. Aquél fué el pensamiento primordial de la obra, y no se han apartado de ella. »

La viuda Garnier empezó su obra tomando en arrendamiento un cuarto, y allí llevó en primer lugar á una niña desgraciada que había sido quemada y cuyas llagas infectas no tenían remedio. Dos mujeres viudas la acompañaron en su obra de caridad y llevaron dos enfermas más. Á poco tomaron una casa y se propusieron buscar neófitas que las acompañasen en sus faenas. La viuda Garnier era incansable : no dejaba de pedir hasta que le daban. Era tan exaltada en su amor al bien, que á veces la creían loca ó visionaria, — y se lo decían. Sin embargo, encontró tanta resistencia, que resolvió hablar al arzobispo de Lyón y preguntarle si su proyecto sería irrealizable.

— No, la contestó; es bueno, aunque será difícil llevarlo á cabo; pero Dios la protegerá; siga sin miedo, yo le ayudaré. — Y añadió : la obra se llamará de *Las Damas del Calvario*[1].

La aprobación del arzobispo de la católica Lyón no fué solamente un estímulo, sino un mandato. Mucha gente que se había manifestado indiferente á la obra empezó á dar limosnas. Con ese motivo las damas buscaron otra casa más grande, y como un cochero no quiso llevar á una de las enfermas, la señora Gar-

1. Hay una congregación llamada de *Las Hermanas de Nuestra Señora del Calvario*, pero es diferente.

nier la tomó en los brazos y la llevó personalmente. Esto sucedía el 3 de mayo de 1843.

Dos años después, ya la casa se había convertido en un verdadero hospicio, y se decidió entonces darle reglamentos serios. La asociación se componía : 1.° de señoras viudas que no iban al hospicio, sino á curar á los incurables; 2.° de las viudas que vivían en el asilo y cuidaban á los enfermos día y noche; 3.° de las que no se ocupaban sino en pedir en las calles y en las casas las limosnas necesarias para todos los gastos; 4.° de asociadas que daban por lo menos una suma de 20 francos por año. Todas, tanto las activas como las contribuyentes, debían ser viudas; es la orden de la viudez : « Esta pobre viuda, decía Jesús á sus discípulos, ha dado más que los otros. »

Uno de los artículos del reglamento dice expresamente : « La damas asociadas no forman una sociedad religiosa propiamente dicha. La asociación no exige de sus miembros ningún voto, ni perpetuo ni temporal. Se puede ser miembro sin renunciar á su familia, á sus bienes y á su libertad. » « En esto se encuentra la originalidad de la obra, dice el autor del artículo que analizamos, y en esto consiste su fuerza. »

Era tal la fe de la viuda Garnier, que sin tener un óbolo en caja compró un castillo viejo llamado de la Sarra, en los alrededores de Fourviére, y logró reunir el dinero necesario no solamente para comprar los edificios viejos, sino también para hacer otros nuevos, y trabajó noche y día hasta fundar un verdadero hospicio con todo lo necesario para sus enfermas.

El hospicio nuevo se componía de grandes dormitorios bien ventilados, con jardín, con alamedas de árboles sombríos para las enfermas que podían salir, y con todos los edificios necesarios para el servicio. La instalación se hizo el 2 de julio de 1853, y el 23 de diciembre del mismo año la noble y santa viuda Garnier moría en el asilo que había construído, á los cuarenta y dos años de edad y cuando parecía llena de vida, fuerza y vigor. Lloráronla amargamente no sólo las enfermas, las que tenían en ella más que una madre, sino también cuantos la habían conocido y tratado.

Pero el impulso estaba dado, y la asociación ne se turbó con la muerte de la fundadora. Una obra tan benéfica y necesaria no podía morir. Dios se valió de la viuda Garnier para fundarlo. Veremos ahora á otra viuda continuarla con el mismo empeño y entusiasmo cristiano.

El 8 de diciembre de 1874, la viuda Lechat fundaba en París un pequeño hospicio para los incurables, sucursal del de Lyón. Ayudada por cuatro viudas más, la señora Lechat se estableció en una casita muy pobre, en donde apenas cabían doce camas para las enfermas incurables, sin más recursos que los que esperaban de la caridad pública.

La casa estaba cerca del río, y una noche de 1875 rompióse una muralla que contenía al Sena, que iba crecido, y de repente vióse inundado el hospicio, y si no hubiera sido porque los vecinos pobres corrieron á sacar á las desgraciadas enfermas, éstas hubieran perecido, pues con dificultad les salvaron la vida, aunque no sus cortos haberes.

Pasada la inundación, las damas del Calvario volvieron á su casa; pero cada día se presentaban nue-

vas dolientes y no había lugar para ellas, lo cual afligía sobremanera á las enfermeras.

¿Qué hacer? Apelar á la caridad de las señoras ricas de la sociedad. En breve reunió la viuda Lechat lo suficiente para comprar un terreno, y sobróle dinero para empezar á edificar. « Las mujeres, dice du Camp, acometieron con entusiasmo aquella obra : unas pedían y otras daban. Hubo una que vendió todos sus diamantes, que eran bellísimos y abundantes, y dió todo el producto de la venta, con la condición de que no se publicara su nombre. Más de una, de las cuales habla el mundo, cuyos títulos son conocidos y que viven en hermosos palacios históricos, — cuyos abuelos siguieron á Pedro el Ermitaño á las cruzadas, — muchas de éstas han economizado en el lujo de sus vestidos; no han renovado sus fastuosas habitaciones cuando lo necesitaban, para dar disimuladamente billetes de mil francos, pulseras, anillos y aderezos á las damas limosneras. Conozco á una señora joven, bella y elegante, que durante dos inviernos consecutivos no se presentó en los salones del gran mundo sino con vestidos de lana. Aquello me llamó la atención entonces : ahora ya lo entiendo. »

La señora Lechat no tuvo la dicha, como la viuda Garnier, de ver concluído su hospicio : murió antes de que terminase, el 29 de septiembre de 1879.

El cetro, — que, dice du Camp, « es un manojo de hilas », — pasó á manos de la viuda Jousset, á la cual tocó instalar la institución en los nuevos edificios.

He aquí la descripción que el autor del artículo del hospicio :

« Se entra por una pequeña puerta, — que nunca está cerrada de día, como si temiesen que los dolores no entrasen suficientemente aprisa, — á un jardín terraza, sostenido por piedras de molino, el cual es aún demasiado nuevo para que se vean en él árboles; y como aun no se goza allí de sombra, han formado un sombrío artificial, bajo el cual los incurables pueden respirar aire puro, sin que les toque el sol ni el viento. Al otro extremo del jardín se halla el hospicio, — vasto edificio construído sencillamente con grandes ventanas, como las que deben tener las habitaciones de enfermos. La casa está bien orientada... Delante del edificio se halla una casilla de madera que sirve de *locutorio* y en donde la superiora recibe las visitas. En el interior todo está limpio, bien distribuído, bien ventilado y lleno de luz. Los corredores son espaciosos, y en ellos se ven los aguamaniles con agua en abundancia y una gran sala de farmacia. En ésta vi un mueble de madera sin barnizar, con cajones, y escrito en cada uno de éstos el nombre de las señoras que visitan el hospital, y en los cuales guardan el delantal que se ponen para asistir á los enfermos.

¡Y qué nombres! Los de diez y siete condesas, tres ó cuatro princesas, varias duquesas, vizcondesas y baronesas, pertenecientes á las familias más ilustres de Francia se hallaban allí inscritos. (Du Camp los cita uno á uno.)... « En un salón espacioso vi, dice, veinte camas rodeadas de cortinas de algodón, en donde están las enfermas de más gravedad, y dos cuartos aparte para los niños enfermos de la parroquia. Cerca de los dormitorios está la capilla, y más lejos un salón en que depositan á las infelices que

han descansado para siempre, antes de llevarlas al cementerio. En aquella casa no es como en los hospitales : allí el cadáver es respetado y rodeado de oraciones hasta que se lo llevan á enterrar.

» En el segundo piso se encuentran los dormitorios de las damas que viven en el hospital, así como la ropería, la confección de los remedios, etc.

» Los cuartos reservados á las señoras que viven allí tienen todas las comodidades, los perfumes y los utensilios que usan las señoras. Ellas llevan cuanto poseen de más precioso : retratos de sus parientes, muebles y cuanto pueden necesitar.

» Un olor de ácido fénico sube hasta allí de los salones bajos, como para recordarles el lugar en que se hallan. » Las damas del Calvario, las viudas, han comprendido por experiencia que las penas se suavizan y se hacen menos duras cuando tienen por continua compañera la misión de aliviar los sufrimientos, y no pueden menos que reconocer que la mejor manera de no reflexionar demasiado en su propio sufrimiento es pensar siempre en el de los demás.

Las enfermeras pagan cierta cuota mensual por el derecho de servir á los enfermos, « como viajeras de la beneficencia alojadas en la gran fonda de la caridad », dice du Camp.

En el tercer piso viven las sirvientas, todas jóvenes y robustas; no reciben paga ninguna en cambio de sus servicios; ellas hacen los vestidos y dobladillan las sábanas, aplanchan y arreglan la ropería.

La cocina está en la parte inferior del edificio, como también el comedor de las señoras residentes y las demás piezas destinadas al servicio doméstico.

Las enfermedades asquerosas, los cánceres pestíferos, las lepras y las llagas espantosas que aquellas mujeres abnegadas curan, los males horribles que se ven allí, no se pueden explicar; y aunque Máximo du Camp los describe largamente, nos parece inoficioso seguir su ejemplo, y pasaremos esas páginas sin analizar gran parte de ellos.

Sin embargo, transcribiremos un caso :

« Sobre una cama baja vi á una niña de unos trece años; tenía la cara desfigurada por la hinchazón de las mandíbulas, lo que la daba un aspecto de tipo japonés, á lo cual se añadía la viveza de la mirada y los cabellos recogidos al estilo chinesco. Tenía una expresión inteligente, su sonrisa era amable y manifestaba agradecimiento. Permanece siempre acostada de espaldas, porque la ausencia de fosfato de cal en los huesos la ha quitado todo movimiento, y está en un estado gelatinoso. No mueve sino el brazo izquierdo; en el brazo derecho las articulaciones se han desviado á tal punto, que los dedos se le han volteado al revés, y las piernas sin huesos parecen de trapo, y se podrían hacer nudos con ellas. Toda la vida la tiene en la cabeza, y parece como si el resto del cuerpo estuviese muerto. Aquella cabeza piensa, es racional y no se sorprende al verse ligada á un cuerpo sin movimiento y sin vida. La niña no sufre, pero está muriéndose gradualmente. Pronto aquella alma saldrá de ese cuerpo inmóvil. Cerca de ella había una especie de animal sentado en un sillón que parecía mirarla con curiosidad. ¿Qué cosa es eso? Debe ser un ser humano, porque habla. Los pies y las manos son de una sustancia blanda; la lengua, más grande que la cavidad de la boca, cae

sobre los espesos labios; la cara está hinchada y los ojos parece que le salen de la cabeza; pero habla, aunque de una manera incoherente y con gran dificultad. Esta criatura embrionaria, que no se mueve, tiene treinta y seis años; pero al cabo han logrado aquellas santas hermanas hacerla comprender los fundamentos de la religión, y acaba de hacer su primera comunión. »

No nos atrevemos á seguir á Máximo du Camp en sus descripciones de las espantosas enfermedades que se encuentran allí; basta decir que no reciben sino las incurables, las que los hospitales no pueden aceptar porque inficionarían á los demás enfermos.

Cuando el día está claro y tranquilo, las enfermeras toman en sus brazos á estos seres, que casi no tienen nada de humano, y los sacan al jardín para que respiren mejor aire. Los cánceres de toda clase, de todos tamaños, en todas las épocas de su desarrollo, se encuentran allí en el estado más pútrido. « Lo quesufren aquellas infelices, dice el autor del artículo, con aquellos males sin remedio y sin esperanza de alivio, lo dejo á la imaginación del lector. Detrás de las blancas cortinas se oyen quejidos dolorosos; á veces, durante la noche, se oye un grito en medio del silencio; es que aquella fiera interior muerde á la enferma y la despierta. Las damas del Calvario nunca están lejos, y no se necesita llamarlas para que se presenten al lado de la que las llama. Ellas saben administrar el hidroclorato de morfina con la habilidad de un practicante de medicina, y conocen á fondo la manera de administrar las inyecciones. Los médicos nunca tienen gran compasión de aquellas enfermedades incurables, que consideran

como un error de la naturaleza; pero en los casos en que los remedios son ineficaces, las palabras afectuosas son un consuelo. Es preciso pensar en el enfermo y no en la enfermedad, y nunca se le pueden prodigar demasiados consuelos, ternura y atenciones. Así lo piensan las damas del Calvario; ellas tranquilizan á los que sufren tormentos, y los duermen con suaves palabras que fortifican, y que son como las letanías de la compasión; ellas calman á las que se desesperan con tanto sufrimiento; se arrodillan al lado de sus camas, oran fervorosamente y hacen descender la esperanza hasta los corazones exasperados.

» ¿En dónde se podrá rezar con más devoción que en aquella enfermería en que ya nada se aguarda de la ciencia humana; en donde cada minuto lleva un nuevo tormento; en donde, si están despiertos los enfermos, es en agonías; si duermen el sueño, es una pesadilla, y el alma no tiene otro refugio que en las esperanzas de ultra tumba? Una mujer que tenía hinchadas las rodillas y las piernas comidas por una horrible llaga me decía:

» — ¡Algo diera yo por poder caminar!

» — ¿Para qué? le pregunté; ¿para pasearse?

» — No, señor, para ir á la iglesia.

» Sin embargo, si ellas no pueden ir á la iglesia, la iglesia las va á buscar en sus camas. Todas las mañanas á las siete, las paredes del dormitorio se abren de par en par, y aparece la capilla, de donde se exhala un ambiente perfumado que llega hasta las camas de tormento como una caricia celestial. Las señoras que viven allí se arrodillan, y detrás de ellas las sirvientas; el sacerdote sube al altar, empieza la

misa, suena la campanilla, y los enfermos desde sus camas alargan los brazos hacia Aquel á quien invocan en la hostia santa. Todos los corazones se conmueven cuando el sacerdote, al terminar la oración dominical, dice *Et libera nos a malo,* « líbranos de todo mal »... ¡Con qué fervor contestan esos infelices: *¡Así sea!* Para ellos el mal está presente, es espantoso, y sería sobrehumano si fuera además maldito. Para los orientales el mal es el diablo, y así lo consideran. »

Según una leyenda oriental, el cáncer es obra del diablo, y podría creerse al ver las horribles consecuencias que deja en el cuerpo humano; pero las damas del Calvario han formado con él un puente para subir al cielo.

« Una mañana del mes de abril, sigue diciendo nuestro articulista, llegué al hospicio un poco antes de la hora de la visita de los médicos. Hacía frío, pero el edificio respiraba alegría y limpieza. Las señoras que allí residen, así como las que van de fuera, estaban reunidas en los corredores: había veintitrés que habían llegado de diferentes parroquias de París á cumplir con su deber matinal. Vestían el delantal blanco sobre el vestido negro de las viudas, llevaban las hilas en la mano y conversaban entre sí. Sobre el pecho lucía la cruz de plata, que es la decoración del Calvario, y en un dedo el anillo nupcial, de donde había huído la esperanza que, al desaparecer, no les dejó sino la fe y la caridad para consolarlas. Si los duques, los príncipes, los marqueses, los condes y los magistrados, los millonarios que dejaron de existir, pudieran ver lo que hacen sus viudas hoy, deberían sentirse felices al ver cuán

honrado está su nombre y en qué buenas manos dejaron el cuidado de las almas de sus hijos. Si aquellas mujeres fueran allí algunas veces por ostentación y capricho, nada querría decir; pero éstas se presentan todos los días á cumplir un deber con perseverancia incansable, con grande heroísmo.

» Las damas del Calvario entraron al fin en el dormitorio; yo las seguí; cada una se puso de rodillas, y antes de comenzar sus faenas, recitaban una oración cuyas últimas palabras eran éstas: « Permitid, Señor, que nuestros enfermos tengan la suficiente paciencia y resignación para sufrir sus dolores, y á nosotras inspiradnos fe y caridad. » En lo que las toca, creo que su oración es escuchada. Inmediatamente después se acercaba cada una al enfermo que le tocaba... El médico iba de cama en cama prescribiendo el remedio que debía dársele y al mismo tiempo consolándole con palabras engañadoras pero necesarias... Yo escuchaba las explicaciones técnicas del médico, y al mismo tiempo contemplaba con admiración las curaciones que hacían aquellas señoras con sus delicados dedos y con sus blancas y suaves manos... »

Y no solamente limpiaban y curaban las llagas, sino que, usando de amables palabras, lavaban y peinaban á aquellas desgraciadas, cuya fetidez casi no podían soportar los médicos enseñados á esas faenas.

« Casi todas, añade du Camp, son mujeres delicadas, nerviosas y criadas en la opulencia. ¿Podrían llevar á cabo este heroísmo si no tuvieran fe? ¡No, jamás! »

Cuando han curado todas las enfermas en cama,

las enfermeras van á un salón en donde se presentan las pobres de la calle, pero que aun pueden moverse. Á éstas también curan, peinan, lavan, limpian y mudan, y aun les dan algún dinero para que compren con qué mantenerse.

La gente pobre es muy amiga de las más altas señoras de la aristocracia, y siente orgullo en ser asistida por ellas. Á veces dice una enferma con cierta satisfacción, que no procura ocultar:

— La duquesa X... vino hoy en su cochecito inglés, y fué la que me curó. ¡Es tan encantadora!

Todos los días á las nueve de la mañana y á las cinco de la tarde curan á las enfermas, y las mismas señoras son las que recogen los trapos y vendas sucias, y los cuentan y arreglan para enviarlos á la lavandera. Todas ellas conservan su personalidad; no abdican ni su nombre, ni su título, ni su posición social; y á las mismas que estuvieron en la Ópera en la noche anterior, ó en algún baile ó banquete, se las encontrará al día siguiente al lado del enfermo acancerado, cuidándole y vendándole. Las parisienses no pueden ocultar su gracia natural ni al lado de los agonizantes, y su modo de arrodillarse, de rezar, de dirigirles la palabra á los enfermos, las haría reconocer en todas partes.

« Mientras más estudio, concluye diciendo el articulista, y levanto los velos que oculta la caridad privada y penetro en los arcanos del sufrimiento, de la compasión y de la fe, más comprendo que las declamaciones de los envidiosos y los gritos furiosos de la multitud no son ya de nuestra época, y que la parábola del mal rico no se aplica al rico francés. »

XII

Hospitalidad para el trabajo.

« Hoy, dice Máximo du Camp, me toca hablar de las obras de caridad transitorias, que socorren un mal pasajero, lo calman, lo reconfortan y lo ponen en vía de curación. Estas obras son como esas chozas que se construyen en los Alpes para que sirvan de refugio cuando los caminos están repletos de nieve; el viajero encuentra allí abrigo contra la tempestad; duerme tranquilo y cobra vigor para continuar su camino que pudo haberle llevado hasta precipitarle en el abismo. París está lleno de viajeros que vagan perdidos en la tempestad, y se adelantan á tientas golpeándose contra los obstáculos y buscando una vía que no encuentran. Cuando caen muertos de hambre y de cansancio, cuando se cierran las más miserables posadas, cuando les falta un mendrugo de pan, cuando tienen que entregarse á la existencia del vago, ¿qué les queda? La miseria, la miseria que nadie puede comprender si no la ha estudiado, — la miseria que los obliga á dormir al pie de las fortificaciones, entre los árboles del bosque de Bolonia y comer lo que encuentran entre las basuras que arrojan á las calles... »

Du Camp refiere la situación á que llegan aquellos desgraciados, hombres y mujeres, que viven en el